

EL MAL / PASAR DE LOS POBRES¹

FRANCISCA MÁRQUEZ

Quiero partir señalando que cuando me invitaron a hablar del malestar de los pobres, mi primer pensamiento fue que no podía hacerlo. En ese momento tuve la vaga intuición de que el término *malestar*² no era un concepto adecuado para referirse a los pobres y sus pobreza. Más precisamente, no me imaginé cómo hablar del malestar de los pobres, o cómo ellos podrían hablar de su malestar, si no es para hacer referencia a una enfermedad, a un dolor de guata, a un dolor de muelas o de cabeza persistente.

En cambio, el malestar, entendido como inquietud moral — utilizando una de las dos definiciones del diccionario Larousse — me pareció pertinente y adecuado para hablar de las elites. El mal / estar como vaga sensación, como percepción que las cubre existencialmente, y les cuestiona su estar en el mundo: el mal / estar, en oposición a un bien / estar perdido, pero alguna vez vivido.

Y con esto no quiero decir que los sujetos que viven la pobreza no se hagan preguntas sobre su existencia, porque sin duda se las hacen. Preguntas y percepciones que no logro, sin embargo, encerrar en la categoría de mal / estar. Sí, en cambio, en categorías como el silencio, la impotencia, la sumisión, la rabia, la desesperanza, la resistencia... Porque para que exista malestar, tendría que cumplirse al menos una exigencia básica: la percepción y la vivencia del *estar*, del *estar* en el mundo, de *ser* en el mundo.

Y me temo que a la experiencia de los pobres, si hay algo que la caracteriza, es su *pasar*, y no su *estar*, su ocupar.

Tal vez el título de esta ponencia tendría que ser *el mal pasar de los pobres y/o el bien pasar de otros igualmente pobres*.

Por qué digo esto, y aquí hago referencia a historias y relatos de vida de hombres y mujeres que viven la pobreza: porque a los pobres la vida se les pasa. Se les pasa de maneras diversas, no a todos igual, porque no todos son y viven igualmente la vida. A algunos se les pasa mejor, los del bien pasar; y a otros peor, mucho peor, los del mal pasar.

¿Cómo se les pasa la vida a los pobres?

Intentaré algunos esbozos de este pasar de los pobres. Hablaré primero de aquellos que, siendo pobres, apuestan a la dignidad; luego, de aquellos que, siendo pobres, no se dejan estar; y por último, del pobre que, siendo pobre, se vive a distancia. Estas gruesas categorías no se excluyen; en la vida se puede ser de muchas formas, y apostar a historias y proyectos de vida distintos. Así como un día aposté a la dignidad y a la

¹ Ponencia presentada por Francisca Márquez en el Quinto Congreso Nacional de Ciencia Política, en la Mesa “El malestar en Chile”, realizado en el Diego Portales, Santiago, 17-18 de noviembre de 1999.

² El malestar, según el diccionario de la Academia de la Real Lengua Española, significa: Desazón, incomodidad indefinible. Según el Larousse: Sensación de enfermedad que a veces se acompaña de náuseas y vómitos; Inquietud moral.

decencia, en el camino puedo descubrir que ello no sirve, que para sobrevivir se requiere también ser vivo, muy vivo; o bien que la vida es mejor mirarla a distancia, de lejos, como una mala película que no me toca, que no me interpela y frente a la cual me rebelo.

En breve, hablaré de lo que los pobres de este país cuentan en sus historias y relatos.

1. La búsqueda de la decencia (pobre, pero digno)

A algunos pobres, la vida se les pasa pensando que si a ellos no les tocó, tal vez a sus hijos sí. Y en eso se empeñan, por eso se la juegan, ese es su proyecto vital. Estos son hombres y mujeres, especialmente mujeres, que apuestan a la integración, a la pertenencia, a la referencia y a la identificación con un buen vivir construido desde el proyecto de familia, a veces el barrio y la organización. Vida decente y honrada. Pobre, pero digna. Esfuerzo y trabajo, que la oportunidad tendrá que llegar. Y en eso la vida se pasa, a unos mejor que a otros.

Los con mejor pasar son los que durante esta década vieron aumentar sus ingresos notoriamente, vieron crecer y mejorar su consumo, y al menos pudieron ver a sus hijos egresar de cuarto medio e ingresar a un puesto de trabajo decente, estable, medianamente pagado; consiguieron hacer realidad el sueño de la casa propia... un gran logro para quienes forman parte del segundo quintil de ingresos. O son aquellas mujeres campesinas que se transformaron en temporeras, y con ello la vida les cambió; descubrieron la autonomía que da el ganar un ingreso, la identidad con el oficio, y aprendieron a moverse en los intersticios de la tradición y la modernidad. Estos son los pobres de mejor pasar, para quienes esta década representará, en sus historias de familia, un tiempo de cambio y algo de movilidad, premio a una vida de trabajo y esfuerzo, dirán. La esperanza de que al menos a sus hijos les tocará otra vida, hace menos doloroso el que a ellos, entre afanes, la vida se les fue pasando.

Pero hay otros pobres, que también quisieron vivir esa vida digna y decente, pero tuvieron mal pasar. Son lo que en esta década no vieron cumplirse sus sueños de movilidad ni para ellos, ni para sus hijos: hijas tempranamente embarazadas, hijos dedicados al macheteo y la calle, mujeres solas a cargo del hogar, hombres temprana y recurrentemente cesantes con oficios y saberes no modernos... estos son los pobres decentes de mal pasar.

2. Competir en el mundo (pobre, pero vivo)

Hay pobres a quienes la vida les enseñó que *el que no llora no mama*, que la torta no alcanza para todos, que el logro se asocia al desempeño, a la viveza más que a la honradez y a la decencia. Son pobres que no quieren quedarse donde nacieron: ese es su proyecto, sea como sea. Son los estrategas: pobres pero vivos; atentos a la primera oportunidad, al salto de la liebre, porque el que pestañea pierde. Los del bien pasar son aquellos que supieron descifrar la oportunidad, instalarse en el momento justo con la palabra y el gesto preciso, callar cuando correspondía, hablar y patear cuando se tenía las de ganar. Para jugar a ganador no sólo sirve saber jugar; la regla de oro es saber lo que se busca y dónde buscarlo. Entre los estrategas de buen pasar, a menudo se descubre que el juego traspasa las fronteras invisibles y estrechas de la comunidad de iguales. Las alianzas, los lazos y las redes con otros no siempre pobres parecen ser clave en el éxito de la búsqueda de un mejor pasar. Son hombres y mujeres que lograron

insertarse en algún nicho de esta sociedad y el mercado de trabajo; ejerciendo a menudo los oficios llamados modernos y haciendo de estos su base de operación. Para los estrategas de mal pasar, el juego, en cambio, tiende a desarrollarse entre los estrechos límites de los iguales. Sin saber cómo salir de su pequeño circuito de pobrezas, terminan por romper y mercantilizar a menudo los frágiles lazos de confianza de la comunidad de pobres.

3. El sueño de sí mismo (pobre, a distancia)

Hay otros, igualmente pobres, a quienes la vida se les pasa también, pero se les pasa a distancia de una sociedad que no los quiere. Son aquellos para quienes la vida se vive crítica y distanciadamente; son aquellos que se saben y se construyen en tanto extranjeros de esta sociedad mayor. Están los de mejor pasar, aquellos que supieron reconstruir y armarse de un nicho protector, de una identidad propia, no siempre al amparo de la norma, pero finalmente propia: son los que habitan las calles, la noche, las esquinas, los no lugares. El trabajo no vale sino en tanto permite vivir en estos espacios, al margen de la ley. Espacios donde la crítica, la ruptura y la construcción de una identidad desde los márgenes son posibles; diría que en ellos el mal / estar sí tiene lugar.

Pero hay otros, igualmente pobres, que, atrapados en un imaginario lejano de sí mismos, no encontraron anclaje con realidad y espacio alguno. Son aquellos pobres de mal pasar atrapados, sumidos en el sueño del Kino y el Loto, y para quienes la vida transcurre como dolorosa ensoñación: "Yo quisiera vivir en una lejana granja de esas que existen en Estados Unidos, con caballos y jabalíes dando vuelta", decía un poblador de un campamento miserable. Desarraigados de sus iguales, pasan a ser un otro extraño, un extranjero, a menudo detestado, diferente, distante, de paso por la pobreza, porque la certeza de que algún día la vida les cambiará no los abandona. El trabajo no tiene sentido alguno, si no es para sobrevivir mientras el golpe de suerte les llega. Mientras tanto, la vida se les pasa. Son en su mayoría pobres solitarios, porque el precio de haberse atrevido a soñarse diferentes, es alto.

Lo que quiero mostrar con estos breves bosquejos es que las historias de vida de los más pobres de nuestra sociedad nos muestran que no tiene sentido hablar de pobreza, sino de pobrezas. Tras la falta de ingresos se esconde un sinnúmero de búsquedas, de proyectos de vida y culturas y sentidos diferentes. Y si los proyectos vitales son distintos, sin duda el espacio y el sentido que el trabajo, la vivienda, la sociabilidad puede ocupar en ellos, también lo son. Los proyectos y las trayectorias de vida de los más pobres responden a experiencias y lógicas que no se encierran ni agotan en la gruesa categoría de la *cultura de la pobreza*.

En este sentido, la pobreza es mucho más que ubicarse bajo determinado umbral de ingresos. La pobreza es también postergación de proyectos de vida y, por ende miedos profundos, frustración vital porque la vida se les pasa, se les pasó. Sin embargo, a diferencia de la década de los ochenta, en la de los noventa, los pobres en Chile vieron, con la llegada de la democracia y sus promesas de crecimiento con equidad, crecer sus expectativas y, sin duda, sus proyectos de vida. Sin embargo, para muchos (los del bien pasar y los del mal pasar), ni las promesas ni las expectativas ni los sueños están hoy día a la altura de lo logrado. La vida se les sigue pasando y la deuda, junto con la frustración, sigue creciendo.

La experiencia social de quien ha sido pobre esta década en Chile, se caracteriza por el desaliento. El *desaliento* o *la desesperanza* como categoría explicativa se vuelve así necesaria a una aproximación comprensiva de la pobreza en tanto hecho social.

Si algo hemos aprendido durante esta década de democracia y propuesta de crecimiento con equidad, es que hay un núcleo duro de pobres en Chile que persiste y aparentemente seguirá existiendo. Hemos aprendido que la carencia no se resuelve y el espacio para *estar* no se crea o no se gana necesariamente porque los pobres accedan a nichos de viviendas de cuarenta metros cuadrados, o precarios puestos de trabajo donde la intensidad supera los límites de lo humanamente tolerable. Mientras los pobres sigan recibiendo, tras años de arduo ahorro, casas que al poco tiempo se desmoronan o donde las camas de sus hijos no caben, el mal pasar no cesará. Y no cesará porque lo que la modernidad les ofrece nada o poco tiene que ver con los sueños de la casa propia y las promesas de una nueva vida. La casa y el trabajo se vuelven así en un espacio más de tránsito, donde más que estar, hay que permanentemente pasar.

Trabajo y vivienda para pobres. Ambos, la vivienda y el trabajo, como soportes de las políticas sociales de los noventa, son espacios donde el margen de maniobra es sin duda estrecho. Son espacios tan estrechos, que en ellos apenas caben los pobres; en ellos no hay movimiento posible, maniobra alguna que permita al menos comenzar a concretar el proyecto vital de cada uno. No es de extrañar que, sin margen de maniobra posible, los que viven la pobreza sientan que la vida se les pasa, mejor o peor, pero se les pasa.

Para que el pensarse a sí mismo sea posible, no es suficiente el "*pasar*" por la sociedad, por la vida. Crear identidad, crear y concretar proyectos de vida exige *estar*, ser parte integrante de un espacio social. Y ello es válido para pobres y no pobres, para indigentes y ricos. *Estar* en el espacio significa integrarlo, ocuparlo, moverse, ser parte del espacio que uno mismo contribuye a generar, como parte determinante de él. Esta es la condición básica para que este espacio sea creado y se ajuste al sí mismo, al propio proyecto vital. *Estar es ser parte de*, elemento constituyente de ese todo. Mientras yo contribuya a su creación por medio de mi presencia, también me construyo. El pasar por los espacios, ocuparlos transitoriamente, impide la concreción de proyectos vitales; me muevo, o floto, en un espacio que no puedo comprender y en el cual soy demasiado insignificante para aspirar a ser un elemento definible, capaz de generar espacio. Cuando la posibilidad de pensarse a sí mismo, de imaginarse creativamente y construir un vínculo de comunicación con el entorno se inhibe, la angustia y la desesperanza invaden.

Finalmente, todos, pobres y no pobres, si algo tenemos en común, es el anhelo de *estar*, de poder *estar* en el mundo, de sentir este *estar* (mal o bien) sin correr el riesgo de morir en el intento; sin tener que limitarse a observar el mundo siempre desde lejos, paseando por el mall, caminando por Ahumada o mirando la TV. Tengo la impresión, al terminar de escribir este texto, de que en Chile, muchos, millones de chilenos no *están*: ellos corren o pasan por la vida. Algunos pasan estresados, otros deprimidos, otros impotentes, enrabados, lateados, silenciosos.

En este sentido creo que el mal / estar como derecho, es un privilegio de pocos.
En un país donde las distancias y las desigualdades se acrecientan, la vida de muchos chilenos es simplemente un mal pasar.